

El señor Shippen dijo golpeando su pipa:

—Entre tanto nos prometen un ministro que protegerá á los agricultores, arruinando al comercio, si se lo permiten. Tomaré mis precauciones, puesto que soy cerrajero en Greenwich. Reuniré á los cerrajeros y los arengaré.

Guardándose la pipa en el bolsillo se fué sin saludarnos.

VII

EL NUEVO MINISTERIO

(Continuación y fin.)

Después de cenar, como el tiempo era muy apacible, el señor abate Jerónimo Coignard dió un paseito por la calle San Jacobo, donde ya encendían los faroles, y me honré acompañándole.

Detúvose bajo el pórtico de Saint-Benoit-le-Betourné y señalando con su primorosa mano, tan adecuada para las demostraciones escolásticas como para las amorosas caricias, uno de los bancos de piedra colocados á uno y otro lado bajo las estatuas muy góticas embadurnadas con dibujos obscenos, me dijo:

—Dalevuelta, hijo mío, si os parece tomaremos el fresco un ratito sobre esas viejas piedras relucientes donde tantos pobres han venido antes que nosotros á descansar su miseria. Es posible que dos ó tres de esos innumerables infelices hayan tenido ahí conversaciones deliciosas. Nos exponemos á coger alguna pulga. Pero, puesto que os halláis en la edad de los amores, podéis

imaginaros, hijo mío, que son las de Juanita la gaitera, ó de Catalina la encajera, que acostumbran á sentarse aquí con sus amantes á la caída de la tarde, y su picadura os resultará grata. Es una ilusión digna de vuestra juventud. Pero yo, que he pasado de la edad de los encantadores engaños, me diré que no es lícito conceder gran importancia á las delicadezas de la carne y que un filósofo no debe preocuparse de las pulgas, que son, como todo lo demás del Universo, un gran misterio de Dios.

Diciendo esto, se sentó cuidando de no tropezar á un saboyano y su marmota que descansaban entregados á un sueño inocente sobre el viejo banco de piedra. Sentándome á su lado, recordé la conversación sostenida durante el almuerzo.

—Señor abate—pregunté á aquel buen maestro—, hace un rato hablabais de los ministros. Los del rey no se imponían á vuestro espíritu ni por su casaca, ni por su carroza ni por su genio, juzgándolos con la libertad de un alma á quien nada sorprende. Luego, reflexionando acerca de la suerte que disfrutarían esos empleados bajo un gobierno popular, si llegase á establecerse, nos los presentabais en extremo miserables y menos dignos de alabanzas que de piedad. ¿Sois, pues,

enemigo de los gobiernos liberales, que son una renovación de las repúblicas antiguas?

—Hijo mío—respondió mi buen maestro—, me inclino por naturaleza á la estimación del gobierno popular. La humildad de mi condición me induce á ello, y las Santas Escrituras, que he estudiado á fondo, me confirman en esa preferencia, porque el Señor ha dicho en Ramatha: «Los hijos de Israel quieren un rey para que yo no reine sobre ellos. He aquí cuáles serán los derechos del rey que os gobernará: Reclamará á vuestros hijos para conducir sus carrozas, obligándoles á correr delante de su carro. Convertirá á vuestras hijas en sus camaristas, sus cocineras y sus panaderas». *Filias quoque vestras faciet sibi unguentarias et focarias et panificas.* Así dice explícitamente el Libro de los Reyes, donde vemos también que el monarca aporta á sus súbditos dos presentes funestos: la guerra y el tributo. Y si es cierto que las monarquías son una institución divina, es cierto también que presentan todos los caracteres de la imbecilidad y de la perversidad humana. Es creíble que el cielo las haya impuesto á los pueblos para su castigo: *Et tribuit eis petitionem eorum.*

Souvent dans sa colère il reçoit nos victimes.
Ses présents son souvent la peine de nos crimes.

»Podría referiros, hijo mío, varios hermosos pasajes de algunos autores antiguos donde el odio á la tiranía se describe con admirable vigor. En fin, creo haber demostrado siempre bastante energía de alma despreciando las grandezas de la carne, y siento tanto como el jansenista Blas Pascal el desprecio hacia los militarotes. Todas estas razones influyen en mi corazón y en mi alma á favor del gobierno popular. He ideado acerca de este asunto varias meditaciones que escribiré algún día para una obra del género de las que se suele decir que se ha de romper el hueso para encontrar el tuétano; quiero daros á entender con esto que pienso componer un nuevo *Elogio de la locura*, que parecerá frívolo á los frívolos, pero donde los sabios hallarán la sabiduría prudentemente oculta bajo el cetro y el gorro verde. En una palabra: seré un nuevo Erasmo; instruiré á ejemplo suyo á los pueblos con una docta y preciosa charla. Y vos, hijo mío, hallaréis en un capítulo de ese tratado todas las aclaraciones referentes al asunto que os interesa, y formaréis concepto y os haréis cargo de la condición de los

ministros, ya dependan de los Estados, ya de las Asambleas populares.

—¡Ah, señor abate—exclamé—, cuánto deseo leer ese libro! ¿Para cuándo calculáis tenerlo escrito?

—No lo sé—respondió mi buen maestro—. Y á decir verdad, creo que no lo escribiré nunca. Los proyectos de los hombres se ven frustrados con frecuencia. No disponemos ni de la menor parcela del porvenir, y esa incertidumbre, común á toda la raza de Adán, en mí ha llegado al colmo por un prolongado encadenamiento de infortunios. Por eso, hijo mío, desespero de poder componer nunca esa chanza respetable. Sin tratar de haceros aquí un curso de política, os diré al menos cómo se me ocurrió introducir en mi libro imaginario un capítulo donde resalte la debilidad y la malicia de los servidores que elegirá el buen Demos cuando sea el amo, si lo es alguna vez, lo que yo no puedo colegir, pues no me dedico á profetizar, dejando esa ocupación á las doncellas que vaticinan á ejemplo de las sibilas, tales como la Cumane, la Persique y la Tiburtine *quarum insigne virginitas est et virginitatis premium divinationis*. Volvamos á nuestro asunto. Hace aproximadamente veinte años, vivía yo en la agradable

ciudad de Séez, donde era bibliotecario del señor obispo.

»Unos cómicos ambulantes que pasaron por allí casualmente, representaron en una granja una tragedia bastante buena. Yo la presencié, viendo aparecer á un emperador romano, cuya peluca estaba adornada con más hojas de laurel que un jamón de la feria de Saint-Laurent. Sentóse en un sillón de canónigo; sus dos ministros, en traje de corte, con sus grandes insignias, se sentaron á su lado en dos taburetes, y los tres formaron el Consejo de Estado junto á las candelas, que apestaban atrocemente. En el transcurso de las deliberaciones, uno de los consejeros trazó un retrato satírico de los cónsules en los últimos tiempos de la República. Mostrábalos impacientes de usar y abusar de su poder pasajero, enemigos del bien público, envidiosos de sus sucesores, en quienes sólo esperaban encontrar cómplices de sus rapiñas y de sus excesos. He aquí lo que decían:

Ces petits souverains qu'on fait pour une année
Voyant d'un temps si court leur puissance bornée
Des plus heureux desseins font avorter le fruit,
De peur de les laisser á celui qui les suit.
Comme ils ont peu de part aux biens dont ils ordonnent

Dans le champ du public largement ils moissonnent,
Assurés que chacum leur pardonne aisément
Esperant á son tour un parcil traitement.

»Estos versos, hijo mío, que por su sentenciosa exactitud recuerdan los cuartetos de Pibrac, son más excelentes por su sentido que todo el resto de la tragedia, la cual se resiente demasiado de las pomposas frivolidades de la Fronda de los príncipes, y que pierde mucho mérito por las galanterías heroicas de una especie de duquesa de Longueville llamada Emilia. Tuve buen cuidado de retenerlos, á fin de meditarlos. Porque se hallan hermosas máximas hasta en las comedias. Lo que el poeta dice en esos ocho versos de los cónsules de la República romana, puede aplicarse igualmente á los ministros de las democracias cuyo poder es precario.

»Son débiles, hijo mío, porque dependen de una asamblea popular igualmente incapaz de las miras importantes y profundas de un político y de la imbecilidad inocente de un rey. Los ministros sólo son grandes cuando secundan, como Sully, á un príncipe inteligente, ó si ocupan, como Richelieu, el puesto del monarca. ¿Y quién no concibe que el Demos no tendrá ni la prudencia obstinada de un Enrique IV, ni la inercia

favorable de un Luis XIII? Aun suponiendo que sepa lo que desea, no sabrá nunca ni cómo debe cumplirse su voluntad, ni siquiera si puede ser cumplida. Mandando mal, será mal obedecido creyéndose traicionado. Los diputados que envíe á sus Estados generales, alimentarán con ingeniosas mentiras sus ilusiones, hasta que sucumban bajo sospechas injustas ó legítimas. Esos Estados procederán de la medianía confusa de las muchedumbres de donde hayan salido. Darán vueltas á oscuros y múltiples pensamientos. Encargarán á los jefes de gobierno que ejerciten voluntades vagas, de las que ni ellos mismos tendrán conciencia, y sus ministros, menos felices que el Edipo de la fábula, serán devorados á su vez por la Esfinge de cien cabezas, por no haber adivinado el enigma cuyo sentido ignoraba la misma Esfinge. Su mayor miseria será resignarse á la impotencia y hablar en vez de actuar. Se convertirán en retóricos, en malísimos retóricos, pues el talento, que va siempre acompañado de alguna claridad, los perdería. Deberán estudiar el modo de hablar sin decir nada, y los menos tontos serán condenados á mentir más que los otros. De modo que los más inteligentes serán los más despreciables. Si existieran aún hombres

bastante discretos para redactar Tratados, arreglar la Hacienda y ordenar los negocios públicos, sus conocimientos de nada les servirían, faltándoles tiempo para ponerlos en práctica; y el tiempo es la base de las grandes empresas.

»Esa condición humillante desanimará á los buenos y hará ambiciosos á los malos. Por todas partes las incapacidades ambiciosas se alzarán desde el fondo de los caseríos á los principales empleos del Estado, y como la probidad no es natural en el hombre, sino que debe ser cultivada con minuciosos cuidados y artificios continuos, aparecerá una muchedumbre de concusionarios lanzándose sobre el Tesoro público. El mal se agravará mucho con el escándalo, siendo muy difícil ocultar nada en el gobierno popular, y por culpa de unos cuantos, todos resultarán sospechosos.

»No deduzco de eso, hijo mío, que los pueblos sean entonces más desgraciados que ahora. Ya he tratado de haceros entender en nuestras entrevistas anteriores que no creo que la suerte de las naciones dependa del príncipe y de sus ministros, y que es conceder demasiada importancia á las leyes crearlas fuente de prosperidad ó de miseria pública. Sin embargo, la abundancia

de leyes es funesta, y temo aún que los Estados generales abusen de su facultad legisladora.

»El pecado minúsculo de Colin y de Juanón consistía en dictaminar guardando su rebaño y en decir: «¡Si yo fuera rey!» Cuando Juanón sea rey promulgará más edictos en un año que el emperador Justiniano en todo su reinado. Por esta razón el reinado de Juanón me parece temible. Pero el de los reyes y los emperadores fué generalmente tan malo, que no puede temerse otro peor, y Juanón sin duda no cometerá más ineptias ni mayores maldades que todos esos príncipes que ciñéndose una doble ó triple corona, desde el diluvio cubren la tierra de sangre y de ruinas. Su misma incapacidad y su turbulencia serán excelentes porque harán imposibles esas sabias correspondencias de Estado á Estado que se llaman diplomáticas y que sólo conducen á suscitar artísticamente guerras inútiles y desastrosas. Los ministros del buen Demos, sin cesar acosados, atropellados, humillados, maltratados, derrotados, habiendo recibido más patatazos que el peor arlequín de un teatro de feria, no tendrán tiempo para preparar correctamente en la época de paz y en el secreto del despacho sobre el tapete verde, degollinas, crueles para sostener lo que llaman «el

equilibrio europeo», que sólo es la fortuna de los diplomáticos. No habrá política extranjera, lo cual será una gran ventaja para la desdichada humanidad.

Al decir estas palabras mi buen maestro se levantó, prosiguiendo de esta manera:

—Es hora de recogernos, hijo mío, pues siento que penetra el relente á través de mis vestiduras, las cuales tienen bastantes agujeros. Y por añadidura, permaneciendo más tiempo bajo este pórtico, nos exponemos á espantar á los gáianes de Catalina y de Juanita que vienen á encontrarlas aquí.